

TAKASHI PABLO NAGAI

Prefacio de
MAURO GIUSEPPE LEPORI

L
O

Q
U
E

N
O

M
U
E
R
E

N
U
N
C
A



Lo que no muere nunca



100XUNO

Takashi Pablo Nagai

Lo que no muere nunca

Traducción de Belén de la Vega Cabrera



Título en idioma original: 亡びぬものを (Horobinu mono wo) - 1948

© de la edición italiana: *Ciò che non muore mai*, traducción del japonés y edición de Gabriele Di Comite, 2021

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2023

Traducción de la presente edición: Belén de la Vega Cabrera

Prefacio de Mauro Giuseppe Lepori

© Imágenes del interior: colección de la familia Nagai

La traducción y publicación de esta obra se inserta dentro del proyecto de la Asociación Amici di Takashi e Midori Nagai



Los lectores que deseen informarse sobre las publicaciones y actividades de la asociación pueden consultar la página web www.amicinagai.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 111

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Anzos-Madrid

ISBN: 978-84-1339-140-3

Depósito Legal: M-4647-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PREFACIO. EL AMOR ES LO ÚNICO QUE NO MUERE NUNCA.....	7
La trama de la vida	7
El drama de Job	8
El amor de Cristo, única victoria.....	10
Stabat Mater.....	11
NOTA PARA EL LECTOR.....	15
INTRODUCCIÓN.....	17

LO QUE NO MUERE NUNCA

PRIMERA PARTE.....	31
PADRE E HIJO	33
URAKAMI.....	45
LA ENCRUCIJADA	58
EL SERVICIO DE TERAPIAS FÍSICAS.....	67
UNA NOCHE DE NIEVE.....	102
QUIEN REZA.....	113
SEGUNDA PARTE.....	133
LA CONVERSIÓN	135
LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE	150

EL PUNTO DE INFLEXIÓN.....	178
EL FRENTE DE LA MUERTE.....	193
PROFESOR AYUDANTE.....	246
LA BRIGADA DE PRIMEROS AUXILIOS	265
LA LEUCEMIA.....	278
LAS CENIZAS.....	299
POST SCRIPTUM.....	322
FOTOGRAFÍAS.....	325
APÉNDICE	341

PREFACIO

EL AMOR ES LO ÚNICO QUE NO MUERE NUNCA

LA TRAMA DE LA VIDA

La lectura de la autobiografía de Takashi Pablo Nagai es un viaje guiado a lo largo del curso y la trayectoria turbulenta de una vida en la que el drama humano de una persona llega a entrelazarse con el drama de toda la humanidad. Es el mismo Nagai quien alude a la metáfora de la vida como tejido en un verso poético que escribe en plena guerra chino-japonesa, mientras comparte una fruta con un joven soldado enemigo que ha sido hecho prisionero:

Estoy vivo —creo— sentado a la sombra de un fortín, mientras pelo un pomelo. Hoy estoy vivo aún y creo que la trama de la vida es preciosa (p. 233).

El cara a cara con el rostro humano de quien es definido en la guerra como enemigo, hasta llegar a reconocer la excepcionalidad de su sonrisa —«Nunca en su vida había visto una sonrisa de amor tan profunda»—, le recuerda lo preciosa que es la trama de su vida y de la vida de cada hombre.

La trama de la vida desvela el Misterio que la teje. El hombre atento y vigilante descubre cada vez más que el Misterio es el tejedor de su vida. Descubre que la consciencia de la trama de la vida consiste en el verdadero conocimiento de sí, en la consciencia adecuada del

yo que, según se va devanando su existencia, se descubre cada vez más «tejido» por Otro, por un tejedor misterioso que es capaz de continuar su obra y llevarla a cumplimiento incluso cuando los hilos se rompen, son cortados por fuerzas externas o quemados por un enemigo que parece siempre dispuesto a impedir la tejedura de una existencia querida por el Misterio.

El tejido de una vida expresa la verdad de una persona expresando a Aquel que la teje, a Aquel que la hace. La trama de cada vida es de una originalidad absoluta porque es el Tejedor quien la crea constantemente con un proyecto eterno que no implica que todo esté determinado de antemano, para desarrollarse luego como podría hacerlo una máquina programada. Dios teje teniendo en la cabeza y en el corazón un diseño de plenitud, un cumplimiento, pero el tejido en sí es un acto de creatividad constante que siempre toca, sostiene o retoma en sus manos los hilos de una existencia. La tejedura implica una creatividad en la que el autor siempre está alerta, reconsiderando en todo momento qué dibujo puede realizar con los hilos de que dispone, tal como son o tal como se encuentran, con lo bueno y con lo malo. El tejedor quiere realizar una obra hermosa, útil, buena, acabada. Pero para llevar a cabo su diseño de bien y de belleza tiene que echar siempre cuentas con la realidad de un corazón que él ha querido libre. Al regalar al hombre la libertad, Dios ha asumido el riesgo de someterse a un desafío constante: ser capaz de tejer una obra hermosa y buena con hilos que elegirán romperse, echarse a perder o que se verán dañados por otras libertades. Desde el pecado original Dios ha asumido el desafío de llevar a cumplimiento la vida del hombre tejiendo su trama siempre y en cualquier circunstancia, con todo aquello que el hombre elige o no elige, incluso en contra de su Creador.

EL DRAMA DE JOB

Dios parece perder constantemente el reto de conseguir tejer una vida cumplida. Satanás estropea y corta todos los hilos de la vida de

Job, bien tejida hasta ese momento. ¿Qué podrá hacer el Tejedor supremo con todos esos hilos cortados? Sin embargo hay un hilo que, aunque esté roto, sigue estando en manos del Tejedor: la fidelidad de Job, la confianza de un hombre que, aun viéndose solo y abandonado, tirado sobre estiércol y cubierto de llagas, reconoce la bondad última de la dependencia del Misterio, reconoce que únicamente Otro puede y sabe tejer una y otra vez una existencia que tiende al cumplimiento, que no es solo resultado de muchas pequeñas fidelidades anudadas unas a otras de forma regular, sino del apego al Tejedor que la hace. Nagai aprendió y vivió hasta sus consecuencias extremas esta posición humana, la entendió contemplando la trama de su existencia, siempre rota y siempre recompuesta por Dios más bella, más verdadera, buena y útil.

Takashi Nagai leyó con asombro creciente la obra infatigable de Dios en el telar de su vida y de la vida de los demás. Un asombro que los avatares de la vida trataban de desilusionar y de apagar, porque cada vez que un diseño importante parecía describir toda su vida y su vocación, en un momento dado todo quedaba destruido y el diseño aludido quedaba borrado. Al término de sus estudios de medicina, una otitis contraída por una imprudencia superficial le quita para siempre la posibilidad de ejercer el arte de la medicina usando el estetoscopio. Después, la guerra en Manchuria parece interrumpir el proyecto de matrimonio con Midori. Más tarde, al tiempo que se convierte en un reputado profesor de radiología, una inyección por una gripe banal administrada imprudentemente por un compañero, además de llevarlo casi al borde de la muerte, lo volverá asmático para siempre. Las páginas en las que Nagai describe las crisis de asma son una obra maestra sobre la tragedia de la existencia humana, que nunca deja de anhelar la vida incluso cuando todo la ahoga. Posteriormente, la segunda guerra chino-japonesa, descrita detalladamente, lo alejará durante cuatro años de su familia y de su trabajo. Luego aparecerá la leucemia, con un pronóstico que le da tres años de vida. Cuando este plazo no ha tenido tiempo de cumplirse, llega el golpe de gracia,

la bomba atómica, para quitarle todo, empezando por su mujer, llevándolo al borde de una «desesperación total» (p. 320).

Poder superar todas estas pruebas nunca lo consideró Nagai como fruto de su fuerza de voluntad, de su fe o de sus capacidades. En el fondo, siempre se sorprendió con asombro descubriendo y redescubriendo que el Tejedor seguía tejiendo su vida incansablemente, en pos de un cumplimiento cada vez más profundo y alto, el de un amor que vence la muerte y todo el mal que la humanidad pueda cometer o sufrir.

EL AMOR DE CRISTO, ÚNICA VICTORIA

¿Cómo se produce esta victoria? ¿Cómo puede vencer el amor cuando todo parece haber sido derrotado por el poder del odio? Meditando en estas páginas de Nagai justamente en los días en que una guerra cruel, que mina la paz del mundo entero, una guerra que creíamos imposible, ha comenzado en Ucrania, he comprendido lo urgente que es descubrir la profecía que encierra la vida de Takashi Pablo Nagai, porque no se trata solo de una profecía que anuncia y exige la paz como valor, sino de una profecía que la pide, la sufre, y por tanto la acoge para todos en el único cauce que hace a la humanidad capaz de un bien que supera la capacidad humana: el ofrecimiento y el sacrificio de una vida. La humanidad no puede encontrar paz más que acogiendo un amor imposible para el hombre, un amor que solo Dios tiene, un amor que solo Dios es. Nagai buscó este amor imposible durante toda su vida y expresó este deseo profundo y esencial de su corazón, de nuestro corazón, en todas las dimensiones de la aventura humana: los afectos, la religiosidad, el estudio, el trabajo, la pertenencia a un pueblo, a una cultura que encuentra a otros pueblos y otras culturas, la experiencia del mal, del dolor, de la enfermedad, de la guerra, pero también del bien, del perdón, de la amistad. En todo descubriría las huellas de un amor infinito, querido y rechazado, acogido y herido, sin embargo ofrecido siempre, invencible en su entrega.

Qué conmovedor es el relato de los reflejos luminosos de este Amor infinito en los momentos y gestos de gratuidad que describe Nagai, siempre con sorpresa, incluso y sobre todo en medio de las tinieblas de la guerra. Nagai descubre que lo que vence la guerra, la división y el odio nunca es la fuerza que se opone a la fuerza contraria, sino la locura de gestos gratuitos, de belleza y bondad, de verdad y de dulzura justamente allí donde parecen absurdos. Como cuando, en medio de la urgencia extrema de un hospital de campaña improvisado, lleno de heridos, en una casa china constantemente golpeada por el fuego enemigo, sus compañeros deciden mantener con vida y alimentar a unos gusanos de seda para que quien vuelva a esa casa los encuentre alimentados y preparados para producir. O bien sus compañeros de guerra y de atención médica sobre el terreno que, viendo que no puede masticar, arriesgan su vida para buscarle miel o llevarle unas gachas de arroz. En resumen, Nagai descubre, en medio del fango, semillas de un amor más grande, ese amor que da la vida por los propios amigos (cf. Jn 15,13), ese amor que, al dar la vida, transforma a los enemigos en amigos.

Ofrecer la vida para acoger y expresar este amor se convierte cada vez más en el sentido que Nagai busca y acoge para su existencia, hasta el culmen de estas páginas y de esta vida cuando, frente a las cenizas de todo, frente al aparente fracaso total de su vida que la bomba atómica viene a sellar, se le concede la conciencia clara y consoladora de que este amor que Cristo ha entregado y revelado al mundo, «la vida que ama a Dios y es amada por Dios» (p. 322), es la realidad que no muere nunca y la única que puede dar sentido a la existencia, incluso cuando todo grita que no existe el sentido de la vida.

STABAT MATER

Solo al final descubre Takashi Pablo Nagai en qué medida ha sido su mujer Midori el instrumento esencial de Dios para el desarrollo y cumplimiento de su vocación y misión. Al leer el libro,

resulta desconcertante la escasa mención que se hace de esta mujer excepcional. Pero al final es el mismo Nagai quien confiesa esta «distracción» que habría podido esconder perfectamente, pues el libro lo escribió después de darse cuenta de ello. Delante del montón de huesos de Midori, carbonizados y cubiertos por las cenizas de su casa, y de la cadena de su rosario, cuyas cuentas parecen haber desaparecido bajo la tierra como semillas de una vida fiel y de oración constante, Nagai se da cuenta de que todo lo que en su vida lo ha llevado al cumplimiento, al don, a la fecundidad en la fe, en el trabajo, en la investigación científica, en la amistad, todo lo que lo ha protegido y salvado decenas de veces de una muerte segura, todo era una gracia que la oración y el amor de una mujer silenciosa y escondida obtenía para él. Si su vida alcanzaba ahora el culmen del ofrecimiento, del sacrificio, era porque Midori había acogido y vivido desde siempre este culmen, especialmente por él. Midori era para Nagai la mujer que está bajo la cruz y permite a Cristo, con la libertad de su consentimiento, salvar al mundo. El puesto de Midori es el Stabat Mater, la fidelidad amorosa de María a la misión de su Hijo que, al final, antes de morir, reconoce en ella a la Madre de toda la humanidad que él está redimiendo con su sangre. Al igual que María, Midori ha ofrecido su sí constante al designio de Dios sobre Nagai y sobre ella misma. Es la misma Midori la que revela a Nagai el misterio de su participación profunda, interior, en la misión de su marido, en una circunstancia en la que su generosidad a la hora de cuidar a un enfermo ponía en peligro su vida: «Es verdad, yo no conozco los sufrimientos del asma, pero tú no conoces el miedo que tengo en el corazón cuando te asisto en esos momentos. Cuando estoy ahí, junto a ti, y te miro, creo que preferiría estar en tu lugar. Tú sufres en la carne pero yo sufro en el corazón» (p. 189).

Palabras que la Virgen María habría podido expresar literalmente mientras estaba, silenciosa y amante, junto a la cruz de Jesús. El sacrificio expiatorio y salvífico del Cordero, que Nagai reconocerá en la inmolación de la ciudad de Nagasaki que puso fin a una guerra

mundial, es un acontecimiento que Dios siembra en el corazón de un «sí» al Amor más grande que regenera el mundo.

P. Mauro-Giuseppe Lepori Ocist
Abad General Orden Cisterciense
19 de marzo de 2022

NOTA PARA EL LECTOR

El sistema de transcripción fonética de la lengua japonesa adoptado en este libro es el llamado método de *romanización Hepburn*, cuyas letras son denominadas *rōmaji*, que en japonés significa «caracteres romanos».

En japonés, vocales y consonantes se pronuncian de forma parecida al español. Hay que tener presente que:

- *sh* corresponde al inglés *sh* de *shower*;
- *g* corresponde a nuestra *g* de *gato*;
- *j* corresponde a nuestra *ll* de *lluvia*;
- *w* corresponde a nuestra *u*;
- *h* corresponde al inglés *h* de *house*;
- un guion sobre las vocales *ō* y *ū* alarga su duración.

Aunque en Japón es habitual anteponer el nombre de bautismo cristiano al apellido, seguido a su vez del nombre de pila, por ejemplo Pablo Nagai Takashi, en este libro se adopta el uso occidental que antepone el nombre de pila, por ejemplo, Takashi Pablo Nagai.

PRIMERA PARTE

PADRE E HIJO

«¡Vuelve enseguida a casa! Papá».

Esto no se lo esperaba Ryūkichi¹. Le había hecho saber a su padre por carta que no volvería a su pueblo durante las vacaciones de invierno y que se había organizado para quedarse en Nagasaki dando clases particulares. El cuarto día de las vacaciones llegó ese telegrama. No tenía ni idea de qué podía ser eso tan urgente que había pasado y esa misma tarde emprendió el viaje.

Sabía que desde hacía algún tiempo su padre tenía la tensión alta y empezó a temer que hubiese sufrido un ictus. Este pensamiento no dejaba de atormentarlo y le venía continuamente a la cabeza desde el momento en que subió al tren y a lo largo de las dieciocho horas que duraba el viaje. Su madre había muerto de hemorragia cerebral en la primavera del año anterior² y desde entonces solo quedaba su padre para poder festejar su licenciatura en Medicina en el Nagasaki Medical College prevista para la primavera del año siguiente. Ryūkichi esperaba ardientemente que su padre pudiese estar vivo para ese día.

El tren de la línea Sanin era extremadamente lento y para tener su mente ocupada se puso a escribir poesías.

¹ El nombre del protagonista de este libro, Ryūkichi, es el seudónimo del autor. En japonés, el nombre Ryūkichi se escribe 隆吉, compuesto por dos ideogramas, el primero de los cuales, 隆, es el verdadero nombre del autor y que, tomado de forma individual, se lee Takashi y significa «nobleza».

² La madre de Takashi Nagai murió el 29 de marzo de 1930.

Cada vez que volvía a casa, la gente del pueblo le suplicaba que interrumpiese sus estudios. Si sigues estudiando —le decían—, te convertirás en un médico ilustre y ya no volverás a este pueblo perdido en las montañas. Solo su buen y anciano padre, que era el médico de cabecera de aquel pueblo, seguía animándolo para que no terminase como él. Según la idea de devoción filial propia de la gente de Izumo³, un hijo debería custodiar el sepulcro de sus padres durante toda su vida y ser enterrado también él en ese mismo lugar, perpetuando la línea de sangre de la familia en la misma tierra. Sin embargo, su padre le decía que la verdadera devoción filial consistía únicamente en realizar la voluntad de los padres, y que el lugar en donde uno era enterrado era algo completamente secundario, pues al final toda la tierra era el lugar de la tumba de todos nosotros.

Este era el espíritu de la familia Hayashi⁴. Sus antepasados descendían del príncipe imperial Ippin⁵, cuyo escudo heráldico era un trazo horizontal por encima de tres estrellas. La línea de sangre había pasado a través de Ōe Hiromoto⁶ y de Mōri Motonari⁷ pero, en un momento dado, el linaje había caído en desgracia y había tomado otro camino, ejerciendo el papel de responsables del jardín de plantas medicinales del clan Matsue, tarea que sus antepasados habían

³ Izumo era la región de la prefectura de Shimane en la que nació y creció el autor Takashi Nagai. El santuario sintoísta de Izumo, uno de los más antiguos e importantes del país, representaba el espíritu de Japón en su rostro más auténtico y jugaba un papel central desde el punto de vista histórico y cultural. Según la leyenda, en la noche de los tiempos, la diosa del sol Amaterasu, vértice del panteón sintoísta, envió a la tierra a su nieto Ninigi-no-Mikoto, que se estableció precisamente en Izumo. El nieto de Ninigi-no-Mikoto, Jinmu, se convirtió en el primer emperador de Japón.

⁴ Hayashi es el pseudo-apellido de la familia Nagai en este relato.

⁵ El príncipe imperial Abo Shinnō, también llamado Ippin, era hijo del emperador Heizei (que reinó entre 774 y 824, 51º emperador de Japón).

⁶ Ōe Hiromoto (1148-1225) fue un gran guerrero y señor feudal en el periodo de ascenso al poder de los samuráis (época Kamakura, 1185-1333).

⁷ Mōri Motonari (1497-1571) fue uno de los más grandes señores feudales en la época en que Japón estaba dividido en principados de hecho independientes.

desarrollado durante muchas generaciones. En un momento dado de la historia, un antepasado fue hasta el monte Torigami, junto al curso alto del río Higawa, donde, según la leyenda, había vivido Orochi⁸, con el fin de recoger plantas medicinales, y allí conoció a una joven mujer de la que se enamoró. Por amor a ella renunció a su título y a los derechos de samurái y se trasladó a aquella aldea perdida entre las nieves. Desde entonces, las tumbas de la familia se encontraban en un lugar llamado Yokota. El abuelo de Ryūkichi, Fumitaka⁹, pertenecía a una rama de la familia que se había asentado junto a la aldea de Kaminoyama y ejercía como oficio la medicina china, además de ser un hábil escultor en madera que tallaba, entre otras cosas, pequeños pastilleros con forma de pequeñas calabazas con incrustaciones en plata representando un cerezo, de tal belleza que era difícil creer que fuesen obra de un humilde habitante de las montañas.

Fumitaka tuvo una hija, que se casó y se fue a vivir a un templo zen llamado Daikichiji, perdido en el corazón de aquellas montañas, y un hijo de nombre Noboru, padre de Ryūkichi. El nombre de este último se escribía con un ideograma que se debería leer «Noboru», pero en realidad muchos lo leían «Hiroshi», y en el telegrama que había recibido Ryūkichi el hombre aparecía además como Kan¹⁰. Sea como fuere, su padre respondía a cualquiera de estas formas en que se lo llamase.

En los tiempos de la escuela elemental, con ocasión de las vacaciones de verano, Ryūkichi se acercaba todos los años al templo de

⁸ Yamato-no-Orochi es un monstruo de la mitología sintoísta con forma de serpiente de ocho cabezas que, según la leyenda, dominaba con violencia la región de Izumo. Fue el dios Susanō, hermano de la diosa del sol Amaterasu, quien liberó a Izumo de esta terrible presencia. De este relato proceden los legendarios tres símbolos sagrados de la dinastía imperial japonesa: la espada, el espejo y la joya.

⁹ Fumitaka (†1910) es el verdadero nombre del abuelo de Takashi Nagai. En japonés, Fumitaka está compuesto por dos ideogramas, 文隆, el segundo de los cuales es el que se atribuye como nombre a Takashi, 隆.

¹⁰ Noboru (†1939) es el verdadero nombre del padre de Takashi Nagai. El ideograma con el que se escribía podía pronunciarse según otras dos lecturas: Hiroshi y Kan.

la montaña donde vivía su tía; el monje que vivía allí, que le había tomado mucho cariño, le invitaba a realizar tareas sencillas como asistente en las oraciones de la mañana y de la tarde. A él le gustaba mucho tocar el cencerro de madera con forma de pez en la penumbra de la gran sala del templo, mientras recitaban en voz alta la tradicional invocación del budismo zen «Namukara tannō, tora ya– ya–»¹¹.

Ese templo era famoso entre las aldeas de los alrededores por la cualidad de curar a los niños afectados por muchos males extirpando de su cuerpo los insectos que, según su creencia, eran la causa de dichos males. Las madres se presentaban agobiadas en el templo con sus niños y el monje los hacía sentar en la sala principal. Recitaba los *sutra*¹² y después traía agua que ofrecía a la divinidad del templo y con la que lavaba minuciosamente las manos del niño, para secarlas después con una toalla. En ese momento el monje mojaba un pincel en tinta y escribía en la palma de la manita los encantamientos, formados todos por ideogramas complejos y desconocidos que contenían en el dibujo el ideograma pequeño y sencillo de la palabra «insecto». Superponía unas palabras a otras hasta que la palma se volvía completamente negra. Mientras escribía, proclamaba algunas fórmulas y, una vez que había terminado, lanzaba un grito para instar a los insectos a salir.

En ese momento el monje exclamaba: «¡Mirad, ahora saldrán los gusanos!». El niño y la madre se quedaban con los ojos abiertos como platos mirando fijamente la palma de la mano abierta. «¡Ahí aparece uno, en el dedo corazón!», decía el monje. Y en efecto, se podía ver que había aparecido un insecto: era un gusanito blanco, de unos 5 milímetros de largo, más delgado que un cabello, que se estiraba y se retorció. Entonces aparecía otro, y después otro más en el anular.

¹¹ «Me refugio en la triple joya». Mantra budista (jaculatoria en forma de canto) tomado del Sutra del Loto con el que el fiel se confía a los tres tesoros: Buda mismo, el Dharma (la ley) y la Sangha (la comunidad de los sacerdotes).

¹² Los *Sutra* son los textos canónicos del budismo. Puestos por escrito a partir del siglo I a.C., recogen las enseñanzas del Buda histórico Siddhartha Sakyamuni (siglo VI a.C.).

FOTOGRAFÍAS

Las fotografías de Takashi y Midori Nagai pertenecen a la colección de su familia y se conservan y se hallan expuestas en parte en el Museo en memoria de Takashi Nagai de Nagasaki.



Arriba, la casa de Mitoya (en la actualidad Unnan, prefectura de Shima-
ne), donde Takashi Nagai (llamado en este libro con el seudónimo Ryūkichi
Hayashi) vivió con su familia y creció entre 1908 y 1920. Abajo a la derecha,
el pequeño Takashi con sus padres Tsune y Noboru (*ca.* 1909) y abajo a la
izquierda, en la escuela superior de Matsue, Shimane (1925).

Lo que no muere nunca

«Los barrios, las fábricas, las escuelas, la iglesia, los bosques, los campos, todo lo que existía había desaparecido (...) todo eso no era más que un manto de cenizas blancas (...) ¡No podía soportar una vida sin sentido! Tenía que encontrar lo que no perece. Tenía que aferrarse a lo que no muere nunca».

Lo que no muere nunca es la autobiografía de Takashi Nagai, en la que el autor recorre su vida, desde la infancia hasta el día de la explosión de la bomba atómica, captando los numerosos acontecimientos que se desarrollan como la secuencia de pasos en un camino que la Providencia ha trazado hábilmente para prepararle para el momento del gran punto de inflexión.

Una sucesión de acontecimientos narrados en tercera persona tan sensacionales que merecen, aunque solo sea por sí mismos, ser el argumento contundente de una obra literaria, pero que en este relato adquieren un horizonte aún más amplio, al ser las huellas de un camino hacia el descubrimiento de la Verdad que nunca muere.

Depósito Legal: M-4647-2023



ISBN: 978-84-1339-140-3



9 788413 391403